

DIRECTOR
Jean Meyer



JEFE DE REDACCIÓN
José Manuel Prieto



CONSEJO DE REDACCIÓN
José Antonio Aguilar
Óscar Mazín
Luis Medina
Rafael Rojas
Mauricio Tenorio
Jesús Velasco



COMITÉ EDITORIAL
Yuri Afanasiev
*Universidad de Humanidades,
Moscú*
Carlos Altamirano
*Editor de la revista Prisma
(Argentina)*
Adolfo Castañón
Fondo de Cultura Económica
Pierre Chaunu
Institut de France
Jorge Domínguez
Universidad de Harvard
Enrique Florescano
CONACULTA
Josep Fontana
Universidad de Barcelona
Manuel Moreno>
Fraginals
Universidad de La Habana

Luis González
El Colegio de Michoacán
Charles Hale
Universidad de Iowa
Matsuo Kazuyuki
Universidad de Sofía, Tokio
Alan Knight
Universidad de Oxford
Seymour Lipset
Universidad George Mason
Olivier Mongin
Editor de Esprit, París
Stuart Schwartz
Universidad de Yale
Rafael Segovia
El Colegio de México
David Thelen
Journal of American History
John Womack Jr.
Universidad de Harvard

| *ISTOR* es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

| El objetivo de *ISTOR* es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.

| Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.

| Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.

| Todos los artículos son dictaminados.

| Dirija su correspondencia electrónica a: istor@cide.edu

| Puede consultar la versión *on line* en internet www.istor.org.mx o www.grupoi.com.mx

u Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.

u Certificado de licitud de título: en trámite.

u Reserva del título otorgado por Indautor: 04-2000-071211550100-102

u Certificado de licitud de contenido: en trámite.

u Diseño:

Natalia Rojas Nieto

u Asistente de redacción:

María Fernanda Vázquez Vela

u Impresión: Impresión y Diseño

u Suscripciones y ventas:

CIDE

Coordinación de Distribución de Publicaciones

Tel. 57 27 98 00,

exts. 2417, 2612

Fax 57 27 98 85

e-mail suscripciones:

revistas@cide.edu

e-mail redacción:

josé.prieto@cide.edu



PORTADA: FOTOGRAFÍA DE SERGIO SALINAS,
TOMADA DEL CÓDICE TECHIALOYAN GARCÍA
GRANADOS FACSIMILE.

istor, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, "el que sabe", el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, "tratar de saber, informarse", y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, "historia".

Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

PRESENTACIÓN

Ausencia de imperio ¿salvación de las naciones?

Slobodan S. Pajovic

Jean Meyer

dossier

15..... Los Balcanes y la guerra fría

Dragomir Dragánov

35..... Rusia en los Balcanes

Jelica Kurjak

51..... Yugoslavia en la encrucijada:
¿reformas o desintegración?

Predrag Simic

70..... Aspectos económicos y políticos de la
política de Grecia hacia los Balcanes

Charalambos Tsardanidis

notas y diálogos

90..... Para entender los Balcanes:
claves ciertas e inciertas

Francisco Veiga

textos recobrados

- 107... Strossmayer: fragmentos
de sus discursos y epístolas
Josip Strossmayer

ventana al mundo

- 123... Bush, China y los republicanos
Peter Trubowitz
- 128... Carta desde Biliwi –a Gabriel Záid–
Gilles Bataillon

reseñas

- 132... “¡Es un gran libro ese de Ulises!”
Luis Barrón
- 135... La memoria, la historia y el olvido
Adolfo Castañón
- 138... Testigo de esperanza
Pedro Cobo

coincidencias y divergencias

- 142... G como Gaza, G como gueto
Cartas de Mónica Flores y Roberto Sussman
Jean Meyer

In memoriam

- 149... Morir en Miami
Rafael Rojas

Bibliografía aleatoria...153

Ausencia de imperio, ¿salvación de las naciones?

Slobodan S. Pajovic

Jean Meyer

[...] y las aguas en esta tierra natal suya, se
derramaban hacia Occidente, hasta el Neretva
y el Adriático, y por otro lado, hacia Oriente,
por el Drina al Sava y al Danubio, hasta el mar Negro.

Milorad Pavic, *La cara interna del viento*

En el este de Europa las naciones modernas han sido creadas a partir del siglo xx, y se siguen creando hasta la fecha, en el marco de la desintegración de los imperios otomano, Habsburgo, ruso y soviético, ellos mismos herederos del Imperio Romano de Oriente: Bizancio. En varias etapas de esa historia y siempre que se vino abajo el poder central (imperial), el conflicto étnico surgió con fuerza, marginando los demás aspectos del problema. Los Balcanes no son sino otro caso de la misma problemática, marcada por el encuentro entre imperios, naciones (en el sentido étnico) y civilizaciones: latina, bizantina, otomana, moscovita. La vieja frontera política entre el Imperio Romano de Occidente y el Imperio Romano de Oriente, prolongada por la frontera religiosa entre cristianismos latinos y ortodoxos, corre del mar Blanco al Adriático y ha cobrado nueva vida tras la caída de la URSS y de su pequeño doble, Yugoslavia.

Antaño, la multiplicidad de etnias, naciones, lenguas y comunidades en el espacio centroeuropeo y balcánico parece haber llevado una existencia menos conflictiva gracias a las estructuras políticas imperiales. En 1918 murieron aquellos tres imperios rivales, pero su desaparición no trajo paz ni felicidad a las naciones supuestamente liberadas de su yugo. Hoy debemos cuidarnos de no caer en la idealización *a posteriori* de una edad de oro imperial.

Europa central y el norte de los Balcanes cultivan ahora la nostalgia del imperio dualista austro-húngaro. Joseph Roth y F. Fejto son convincentes en su defensa y exaltación, pero el requisitorio sigue siendo válido; de la misma manera, los nostálgicos de un imperio otomano, modelo de tolerancia y coexistencia entre naciones y religiones, no pueden borrar la realidad de una “paz a la sombra de la cimitarra”. Y lo mismo puede decirse para el imperio moscovita y la Unión Soviética o la Yugoslavia de Tito.

Bizancio existió durante quince siglos, el imperio otomano cinco o casi siete (1453-1913) si contamos a partir de la toma de Constantinopla. Cuando los reinos balcánicos se emanciparon de Bizancio fue para caer bajo el dominio del conquistador turco que se intituló “emperador de los griegos y de los turcos”, afirmando así la continuidad con Bizancio, continuidad que el poeta Joseph Brodsky encuentra después con la Unión Soviética, hasta en el parecido de su bandera con la otomana... Así se edificó un nuevo imperio multinacional y multirreligioso que ofreció a los cristianos orientales una especie de revancha contra los cristianos latinos que habían impuesto en 1439 la aborrecida unión religiosa a la moribunda Constantinopla.

Luego, sobre los estandartes del emperador Habsburgo y sobre los del zar Romanov, volvió a los Balcanes el águila bicéfala bizantina, y volvió para quedarse, hasta la fecha, en las banderas de naciones tan enfrentadas como la serbia y la albanesa: peso de la historia sobre las mentalidades y el inconsciente colectivo... Después, entre los escombros de dichos imperios, las naciones, o mejor dicho sus élites, ebrias de orgullo, se soñarán grandes: la Gran Bulgaria, derrotada en 1913 por sus hermanas eslavas, se alió con el alemán en las dos guerras mundiales con la esperanza de vengarse; la Grecia Magna pagó duramente en 1923 su delirio de grandeza frente a los turcos, y otra vez en 1973; la Gran Serbia de 1919 entró en crisis en 1991, hasta ver el Montenegro alejarse de ella en 2001; en cuanto a la hipotética Gran Albania, nunca empezó a ver un principio de realización, lo que no significa que no haya causado desgracias esa idea, ni que haya sido resuelta la vieja “cuestión albanesa”.

La nación “étnica”, es decir identificada con un grupo étnico, dueña de su Estado, no ha funcionado como solución duradera al inmenso problema de la coexistencia pacífica de muchos grupos. En la Europa central y balcánica la na-

cionalidad se identifica con la etnia y/o con la religión. Eso diferencia radicalmente al área en comparación con Europa occidental y explica en buena parte la violencia de los enfrentamientos, su masividad y el que no se haya encontrado una solución duradera. Si esto es cierto para la “cuestión albanesa” o de la “macedonia”, ¿qué decir de la tercera parte de los húngaros étnicos que quedaron fuera de la Hungría creada en 1920?

Aquellos imperios cayeron, en parte, porque no pudieron hallar una respuesta al enigma planteado por esa novedad: el nacionalismo. Mientras, los Estados de la Europa central y balcánica no han logrado constituirse en verdaderos Estados-nación, de modo que ciertos grupos dirigentes, en su desesperación, recurrieron a la “limpieza étnica” en varias ocasiones entre 1890 y 2001. La muy reciente nostalgia que ha comenzado a inspirar aquellos imperios difuntos nos llama a reconciliar el pasado y el presente para construir un futuro. Eso no significa que el viaje haya sido del imperio a la nación, de ida y vuelta, sino, quizá, del imperio a la nación y de la nación a una forma supranacional, sea una Europa amplia y generosa, sea una liga, una confederación balcánica. Después de asimilar muy bien al pasado se vale soñar.

Todavía a principios del siglo XXI siguen siendo visibles en esta parte de Europa, al sur de los ríos Sava y Danubio, las huellas del interminable y trágico proceso de la “balcanización”. La expresión “balcanización”, circunscrita a dicho espacio geográfico, se aplica a una historia tan compleja y contradictoria que resulta difícil clasificarla dentro de los marcos más amplios de la historia contemporánea de Europa. Sin embargo, es importante subrayar que dicho enfoque pretende encontrar de manera simplista los orígenes de las múltiples historias balcánicas exclusivamente en el ámbito interno, con lo cual se evita identificar objetivamente el papel y el protagonismo de otros factores, principalmente externos. El fenómeno histórico de los Balcanes trasciende sin duda el ámbito regional, y por lo tanto es imposible separar la actuación de los factores internos de los intereses y el protagonismo de los principales actores europeos y mundiales, por ejemplo, hasta 1918, de los imperios Habsburgo, Osmanli y Romanov.

Hablar de una historia balcánica independiente: he aquí un tema problemático... El problema comienza ya en el mismo objeto de estudio que sinteti-

za al extremo la múltiple heterogeneidad de las realidades balcánicas, los distintos enfoques y definiciones de esta región.

¿Son los Balcanes simplemente un concepto geográfico, cultural o político-estratégico creado por Occidente y Oriente? ¿O son los Balcanes un elemento de la civilización europea? Sin entrar en debate, recordemos que Fernand Braudel sostuvo con razón que la historiografía no es sólo la ciencia de lo que cambia sino también de lo que permanece. Este marco analítico es muy útil para una aproximación más objetiva y coherente a la región de los Balcanes, toda vez que nos permite observar en detalle la dimensión espacial en la cual se produjeron los fenómenos “balcánicos” de índole sociopolítica, económica, religiosa y cultural: es decir, la conformación de un destino como resultado de interacciones internas y externas de una gama de naciones que se establecieron en dicho espacio.

Observar con atención y objetividad las consecuencias del proceso llamado “balcanización” –detectado desde Europa occidental como una de las características permanentes de la región– significa entonces analizar los destinos de un espacio geopolítico y cultural de carácter limítrofe y que está inmerso en continuos antagonismos de diferente origen, sea conflictividad bilateral o suprarregional, que culminó en divisiones, fragmentaciones y desintegraciones permanentes en todos los segmentos de la vida tanto nacional como regional. Más allá de las interpretaciones usuales del término “balcanización” y de los intentos reduccionistas del mismo –que inevitablemente nos llevarían a simplificar las respuestas a los desafíos que se proyectan precisamente desde esta región hacia Europa– resurge el complejo tema de las realidades balcánicas y de su correlación con el nuevo orden internacional a principios del siglo xxi. Responder con intención de objetividad a este desafío exige plantear numerosas preguntas y, sobre todo, si son viables los Balcanes en tanto región europea de vital importancia para la Unión del mismo nombre. Consecuentemente, parece necesario replantear varias de las convicciones falsas o ideologizadas que durante mucho tiempo hemos asumido como hechos y verdades de esta parte de Europa.

Uno de los principales elementos de nuestro enfoque se basa en el hecho de que por primera vez la historia está transformándose verdaderamente en

una historia universal, en la que procesos y fenómenos vividos por distintos pueblos se hallan entrelazados, aunque a primera vista puedan parecer ajenos y distantes. Acorde con esto, es necesario reformar y flexibilizar los modelos que nos sirvieron para interpretar el mundo, pues el contexto ha cambiado profundamente. Esto nos obliga a buscar nuevas fórmulas no sólo de explicación y de análisis sino también de promoción de la comunicación y de la cooperación, entendida en el sentido más amplio.

Sin duda, a lo largo de los últimos seis siglos la historia de los Balcanes o de la región tracio-ilírica ha sido apasionante. Los Balcanes, que deben su nombre a la palabra turca *balkan*, que significa “cordillera” o “tierra montañosa”, desempeñaron en este periodo un papel de “intermediario” entre Europa y Asia. A partir del medioevo, en la región se establecieron pueblos de muy diversos orígenes, costumbres, hábitos, religiones, lenguas y culturas políticas, convirtiéndola en un punto de encuentro entre pueblos, imperios y civilizaciones de índoles muy diferentes. Esta peculiaridad geohistórica influyó sustancialmente tanto en el ámbito de cada pueblo-nación como en el regional. Por otro lado, una geografía montañosa, incluso caprichosa, impidió la formación de grandes unidades políticas y más bien causó el fraccionamiento y la dispersión del poder político, creando asentamientos cerrados sobre sí mismos. Poco a poco los Balcanes se constituyeron en escenario de numerosas contradicciones que se manifestaban a través de sus grandes divisiones, incluyendo aquellas de alcance civilizador, como –por ejemplo– la división entre cristianos o la violenta penetración del islam.

De acuerdo con las características geoestratégicas y políticas antes señaladas, las particularidades de una historia regional condicionada por las rivalidades locales y las que se generaron paralelamente entre Oriente y Occidente en torno de la dominación sobre esta parte de Europa, llevaron a un alto grado de inestabilidad política que condicionó la formación del modelo “balcánico”, caracterizado por un desarrollo socioeconómico y cultural altamente inestable y vulnerable. Así, podemos recalcar que la ubicación geográfica se impone como un límite para la armonización de intereses locales e influye decisivamente en el destino de estos pueblos-naciones que vacilaban entre la cultura de Europa occidental, las tradiciones autóctonas y las que se impusieron durante la ocu-

pación otomana. Desde esta perspectiva de análisis, dicha constelación histórica tan convulsa y excluyente convirtió a los Balcanes en una zona de continuas tensiones y crisis internas permanentes, donde las potencias occidentales y orientales trazaban sus esferas de influencia y hegemonía, interviniendo decisivamente en el destino histórico de estos pueblos.

Al fin y al cabo, tenemos ante nosotros a los Balcanes que *per se* conforman una amplia porción de una Europa que no puede negar a uno de sus miembros geohistóricos y culturales más importantes. Basta recordar las aportaciones griegas y bizantinas a la historia y a la cultura de Europa. Sin embargo, dentro del contexto histórico europeo los Balcanes fueron y siguen siendo tratados por las grandes potencias continentales como una región claramente periférica y muy peculiar: al tiempo que alejada y aislada drásticamente de las corrientes principales de Europa era y es simultáneamente un foco de convergencia y repercusión de distintos intereses y acontecimientos europeos y mundiales (Pajovic, 1994, pp. 141-149).

Desde el mismo ingreso de los países balcánicos en el sistema político europeo instaurado por el Congreso de Berlín (1878), hasta hoy, esta región ha conocido distintas etapas de desarrollo político-económico y cultural, pero siempre ha conservado el mayor protagonismo bélico en los marcos de la historia europea. Detrás de todas estas historias está el nacionalismo, padre de los proyectos de una Gran Serbia o de una Gran Croacia, de una Gran Bulgaria, de una Gran Rumania, de una Bosnia musulmana o de una Gran Albania. La aparición y el fortalecimiento de este fenómeno, que a primera vista parece tan propiamente balcánico, se deben a las tradiciones mitológicas y a las mitificaciones nacionalistas sobre las que se basan cada una de las muchas historias nacionales que son mutuamente excluyentes, porque al enfatizar lo individual pretenden asegurar un espacio histórico-geográfico propio de reafirmación nacional. En otras palabras, la liberación nacional de cada pueblo de la zona ha tenido como principal objetivo obtener el reconocimiento internacional de la soberanía territorial, sin considerar las consecuencias que frecuentemente han significado una nueva opresión o desintegración. En efecto, puede llamar la atención el hecho de que todos estos litigios nacionalistas tienen sus raíces en una historia balcánica reprimida que demuestra que la mayoría de las naciones de

esta región –a diferencia de las de Europa occidental– eran hasta 1918 naciones sin continuidad territorial o naciones sin Estado (Rupnik, 1991). La desaparición de los imperios austro-húngaro, turco y ruso no resolvió el problema.

Es que de la nación, sencilla realidad social todavía en el siglo XVIII, cuando uno decía: “soy natal de...”, se pasó en el XIX a la nación como “deber ser”: todos los pueblos deben constituirse en nación, y cada nación debe tener su Estado. Así empezó “la era de los nacionalismos”, paralela a la de los “imperialismos”, y ambas culminaron con la ruina de los imperios. Desde aquel entonces fue una necia necesidad para los pueblos agrupados en imperios la de acabar con ellos para “liberarse” (“guerra de liberación nacional”) y, de manera inversa y simétrica, los pueblos divididos en principados sintieron la necesidad de unirse para formar también una nación. ¿Los pueblos? Sus dirigentes, alguna élite. Así, los siglos XIX y XX vieron caer los imperios y realizarse “la unidad italiana”, “la unidad alemana”, y luego, en nuestra región, la de los eslavos del sur (Yugoslavia), Grecia, Rumania... Los húngaros y los búlgaros fracasaron en sus intentos de formar la Gran Hungría y la Gran Bulgaria, la “cuestión albanesa” no se resolvió nunca.

Esa nación sagrada, sacralizada, había invertido el criterio del Bien y del Mal: “*Right or wrong, my country*”. El mal se volvió positivo al servicio de la nación. “Morir por la patria es una suerte digna de envidia” cantaban los franceses, y matar por ella un deber glorioso. Exclamó Maurice Barrés: “¿Justicia, Verdad, Belleza?... únicamente si es una justicia francesa, una verdad francesa, una belleza francesa”. El calificativo es más importante que el sustantivo. Ese carácter sagrado de la nación explica las atrocidades de la guerra moderna como guerra total, sin más respeto para las poblaciones civiles; la “limpieza étnica” se practicó en grande al final de la primera guerra mundial, luego otra vez durante y al final de la segunda. Así que lo que ocurrió a partir de 1991 en los Balcanes no es ninguna innovación ni tampoco algo “balcánico”.

En síntesis, uno de los principales factores limitantes para la inserción de los Balcanes en las corrientes europeas es el expansionismo, percibido como una praxis interna a nivel regional, pero también a nivel externo cuando se observa la relación de los centros de poder en Europa hacia esta zona. La particularidad de este fenómeno –que perdura y se manifiesta de nuevo en los inicios

del siglo XXI— es el hecho de que el expansionismo balcánico debe relacionarse de inmediato con el nacionalismo y con los conflictos étnico-religiosos debido a las controversias heredadas a través de una larga y turbulenta historia en torno del problema territorial y de las fronteras. La creciente importancia de los factores militares y geoestratégicos, junto con el desfavorable *status* internacional de la zona y un contexto regional con evidente falta de tradiciones democráticas y de conciencia sobre la identidad balcánica común, conducía a la internacionalización de la agenda regional. Por lo tanto, no se puede omitir el papel del intervencionismo europeo en el legado histórico de los Balcanes, el cual consistió más bien en una actitud de imposiciones de fronteras, de reyes y de control político y económico, así como de influencias culturales y religiosas. Por tal razón, las fronteras de estos países podían ser definidas o rediseñadas desde cualquier gran capital europea sin tomar en cuenta los hechos naturales, los sentimientos y las razones de aquellas naciones.

Queda de manifiesto, por lo tanto, que desde el Congreso de Berlín hasta el final de la primera guerra mundial, cuando el Tratado de Versalles define el nuevo mapa geopolítico de la zona, los Balcanes se convirtieron en el “polvorín” de Europa. En realidad, dicho término se usaba también de manera peyorativa en relación con el concepto de “balcanización”.

Lo cierto es que en las últimas tres décadas del siglo XIX Europa fue testigo de cuatro conflictos armados en los Balcanes (a los que se sumarían cinco más a lo largo del siglo XX, de los cuales los dos primeros fueron regionales y los dos siguientes de alcance mundial). El último de estos enfrentamientos (1991-2001) fue de carácter *sui generis* y sintetizó varios litigios y formas de conflictividad en un proceso bélico que llevó a la desintegración definitiva de la ex República Socialista Federativa de Yugoslavia, a la intervención de la Alianza Atlántica en el conflicto interétnico de la provincia yugoslava de Kosovo y, finalmente, a la confrontación generalizada entre los albaneses y otros pueblos sudeslavos. Las causas, los objetivos y las consecuencias son siempre las mismas, así como el intento de las grandes potencias que persiguen sus propios intereses en los Balcanes.

Sin embargo, la guerra de Kosovo, la crisis en el sur de Serbia y el actual brote de violencia en Macedonia nos obligan a reflexionar, en los umbrales del

siglo XXI, sobre un dilema crucial para el futuro de Europa: la preservación del concepto civilizatorio europeo basado en la armonización de intereses, y de la convivencia dentro de los llamados espacios multiétnicos, pluriconfesionales y multiculturales. Sólo en esa perspectiva puede analizarse y comprenderse el dilema vital: ¿interdependencia anárquica y conflictiva? o ¿interdependencia organizada y cooperativa?

En cualquier caso, Europa debe estar consciente de que la era de la “pos-modernidad”, que arranca con la histórica caída del muro de Berlín en 1989, produjo en los Balcanes una década de odios y tragedias nacionalistas dentro del territorio de la anterior federación yugoslava, fenómeno que es la negación directa y violenta de sus modelos integracionistas.

Hoy, a mediados de 2001, tenemos que hacer una breve referencia a un hecho de trascendencia histórica: el arresto del dictador serbio Slobodan Milosevic simbolizó el fin de un periodo dramático y trágico para los pueblos sudeslavos y albanés. En este sentido, debe señalarse que todos los pueblos balcánicos están obligados a reflexionar con honestidad sobre el papel de los tiranos, pero también a extender su reflexión al papel de todos los ciudadanos, con el fin de superar el pasado y buscar otra vez las vías de convivencia pacífica y cooperativa. Al respecto, no es dable descartar la verdad de que cada país balcánico ha tenido sus propias experiencias totalitarias y que es poco admisible que sus tragedias, tan contradictorias, puedan ser obra de una sola persona. Por lo tanto, el caso Milosevic proyecta nuevamente múltiples desafíos tanto para la justicia yugoslava como para la internacional. En fin, sería injusto repetir los errores históricos y juzgar a todo un pueblo por los crímenes que cometió su gobierno, sin considerar y comparar el peso y la culpabilidad de otros protagonistas. Frente a la brutalidad de estas políticas y de sus máximos representantes, incluyendo a los más destacados líderes serbios y croatas, tendremos que preguntarnos, tarde o temprano, cuál ha sido la verdadera razón de la aparición y vigencia de semejantes fenómenos en los Balcanes.

Post Scriptum: ¿Tu quoque Macedonia?

Hasta febrero de 2001, la pequeña Macedonia había sido la única de las repúblicas de la ex Yugoslavia en escapar a la guerra que se propagaba de norte a sur, empezando en Eslovenia y terminando aparentemente en 1999 en Kosovo y la bombardeada Serbia. Cuatro meses después de los primeros balazos disparados por los guerrilleros albanomacedonios, apoyados por los radicales albanokosovares, el miedo entró en las ciudades y en la capital Skopje; la guerrilla se ha fortalecido en el norte y su acción ha dividido a eslavos y albaneses de Macedonia. El activismo febril de la diplomacia europea y norteamericana no ha logrado la paz y las fuerzas de la OTAN han sido incapaces de sellar la frontera entre Macedonia, Kosovo y el valle de Presovo en el sur de Serbia. ¿Cuánto tiempo durará el gobierno albanoeslavo de unión nacional? Cada bala, cada bomba, cada obús ahondan la zanja entre las dos comunidades; entramos en el círculo vicioso de la sangre vertida que pide venganza. Nos encontramos a diez años del principio de la guerra balcánica y a dos del fin de los 78 días de bombardeos de la OTAN; la democracia ha vuelto a Croacia y Serbia, y Eslovenia sigue felizmente fuera de la competición; en Bosnia Herzegovina nada está resuelto con todo y la ayuda financiera europea y la presencia de 20 000 soldados; la cooperación forzada entre los tres grupos no va bien; el criminal de guerra Radovan Karadzic sigue en libertad; en Montenegro los independentistas han bajado el tono, pero una Serbia empobrecida, desmoralizada, políticamente dividida, tiene prioridades económicas; los albanokosovares esperan su independencia y los extremistas albanomacedonios plantean la cuestión albanesa. La mitad de los albaneses viven fuera de Albania, la cenicienta de los Balcanes. Con o sin la ayuda kosovar, tanto los de Macedonia como los del valle de Presovo piensan que su hora ha llegado; por eso tomaron el camino de las armas. Si los combates prosiguen, si provocan una guerra civil en Macedonia, el incendio alcanzaría Kosovo, quizá Montenegro, Bosnia Herzegovina otra vez... ¡Cállate, Casandra! Del rescoldo brota la llama... El miedo euroatlántico, los soldados de la OTAN, la ayuda económica, no serán suficientes. Falta imaginación política para idear en un nuevo y positivo Congreso de Berlín, o de algún lugar simbólicamente mejor, un nuevo mapa de la región y una liga balcánica. ❧

BIBLIOGRAFÍA

- Braudel, Fernand, *El Mediterráneo. El espacio y la historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1989.
- Pajovic, Slobodan S., “Los Balcanes en el siglo xx: el gran desafío para Europa”, en María Elena de Cruz Coelho, Manuel Fernández Álvarez, Slobodan Pajovic y otros, *Pueblos, naciones y estado en la historia*, Universidad de Salamanca, 1994.
- Pavic, Milorad, *La cara interna del viento. O la novela de Hero y Leonardo*, Madrid, Espasa-Calpe, 1993.
- Rupnik, Jacques, “Los nacionalismos en Centroeuropa del Este”, en *Letra Internacional*, núm. 24, 1991.